

Preciosa sangre

Julio Florencio

Normalmente, el agua siempre se lleva la mancha, como el bautizo de los neófitos hace perder el pecado original. Juan se sentía intranquilo, pero no por la llovizna inmediata, acompañada del leve y continuo ensombrecerse del cielo, con su mortecino fulgor colándose por los cristales del recinto. Era un obligado y definitorio apagarse del orbe entero, del pecado, instante previo y lamentable antes de la revelación del Espíritu Santo que vendría cual rayo de sol después del vendaval que ya se formaba.

Estaba envilecido por una santa fiebre de locura, terror de mártir, con la seguridad de que no existía otro modo. La enfermedad consanguínea anidó en sus entrañas desde antes de su concepción, cosa que trascendía su propia mortalidad, revelada cuando conoció los extremos a los que pueden llegar los hombres, y de un momento a otro el mundo y su significado se le redujeron a un solo propósito. Acababa de cumplir la primera parte.

Quince años atrás se lo prometió a su madre, doña Isabel. La encontró colgada por el cuello: la sogla atada firmemente a la trabe, a la mitad de las escaleras, con la vista al frente y la cabeza volteando hacia abajo. Él encontraría una nota debajo de su almohada y, frente a la cruz de madera en el cerro, pues en el pueblo el campocamposanto aún formaba parte de la iglesia, lo que ocasionó que por su pecado la mujer tuviese prohibida la inhumación en la casa del Señor, delante del montón de tierra concertó la tarea a la cual consagraría el resto de su vida.

Hubo de aguardar mucho, inundado por una colérica paciencia que lo movió a consagrarse sacristán de la parroquia de san Juan Bautista; de allí el nombre que le diera su padrino, el cura, antes de abandonar el pueblo en su primera estancia por cuestiones administrativas de la diócesis. Al inicio monaguillo, pasó a ser acólito, recolector de limosnas, lector de misa los domingos y, por último, encargado de la sacristía. Tantos años sirviendo en el oficio religioso, ocultando su motivación de manera soterrada e insoportable en cada cruzarse con el párroco en el templo; el

designio marcando el futuro día para la culminación de todo. El niño comprendió que para hacer algo así necesitaba la fuerza de los hombres, pero no la torpe fuerza física, sino el temple de espíritu y el salvajismo demoníaco de los cuales echar mano, completamente seguro del imperioso requisito que era sacrificar la propia bienaventuranza por el descanso eterno del alma de su madre.

Al fin todo empezaba a terminar, lloviendo, en un santuario casi a oscuras, ambientado por el tronar del firmamento sin luz, no queriendo y al mismo tiempo esperando la luz. «El Señor se ha enojado con justa razón, la furia del dios de Israel se avecina contra el último pecador en pie», pensó al observar que afuera del santo sepulcro brotaban las gotas, una a una, uniéndose en comunión rápida y furiosa, volviéndose diluvio. Se figuró la idea de que el Padre intentaba volver a aniquilar a la humanidad, que, acomodando la escena, dispuso el momento para la purga definitiva de aquella cadena de tres culpables que acabaría después de veinticinco años.

Pese al viento frío, el que ahora era ventisca portadora de un sonar de gritos de lamentación, impregnada de los ecos del reproche divino, azotando sin piedad las puertas, cimbrando imperceptiblemente los muros de la iglesia, uno de los cuerpos estaba caliente. Juan ardía a causa de la sangre agolpada en las sienes y las muñecas de sus brazos, con los miembros afectados por un hormigueo, haciéndole temblar, con el aspecto de alguien a punto de desmayarse. La atmosfera interior, de fuego recalcitrante y terror profundo, contrastaba y se asemejaba con el ventarrón de granizo desperdigado desde el firmamento. Los aludes formaban un todo gris, combinándose con el estruendo y el pánico hasta el punto de querer desfallecer antes de lo planeado, por lo cual Juan se olvidó del sacerdote y de cerrar el portón.

Los charcos escurrían dentro: olas mugrosas sobre las baldosas del templo y el granizo rebotaban al interior como pedradas en las calles de Jerusalén. «Soy un Noé corrupto, mas no intento escapar inútilmente de la ira de Yahvé», se decía para sus adentros, resuelto en su creencia de que aquel rictus purificador tendría que acabar de aquella manera. Aunque decidido, la seguridad del propio destino le horrorizaba. Él fue producto del sufrimiento de su madre y debía ayudar al alivio de su martirio, solo faltaba dar el paso final. Sin embargo, aun conforme con saberse el cordero que borra los pecados, la imagen de la condenación eterna lo aterró. Logró hacerse de fuerzas y caminar hasta la entrada, embrutecido, y con el mayor empeño que pudo hacer contra los embates del clima cerró el portón, quedando la planta baja en completa oscuridad.

«Él me obligó, nos obligó. No hay otro modo. Soy el dolor que cura a través de su condena las penas y los castigos del mundo. Merezco lo peor, porque sin importar la justificación, él era un ministro de Dios», meditó sin la menor sensación de arrepentimiento verdadero. Era un acto necesario, indispensable. «La única forma de absolver

a ambos de las culpas», se repetía en su mente, señalando al mismo tiempo, con la punta del dedo, el púlpito situado al otro extremo de la nave. Vio aquel sitio completamente negro, sin poder distinguir forma alguna, imaginándose que así debía ser el infierno. «—De lo que te he salvado—», murmuró, casi sin abrir los labios, moviendo negativamente la cabeza como quien hace un acto de caridad impuesto por la obligación, dirigiéndose al bulto oculto en las sombras, figurándose que en cualquier momento saldría del muro el maligno, abalanzándose sobre él.

Afuera se escuchaba el rumor de la tormenta a semejanza de los ejércitos del averno. Una milicia alebrestada y furibunda rodeando el arca, golpeando el concreto, produciendo un estrépito de marcha militar. Los demonios rozaban con las puntas de sus lanzas las paredes de la parroquia. Juan estaba convencido de haber hecho lo correcto, lo incorrecto, lo correctamente incorrecto en su forma de entender la cuestión, pues hay pecados que solo pueden ser perdonados mediante la aniquilación. «No es de buen cristiano hacer justicia por mano propia», evocaba esa lección del catecismo, pero supo desde aquel lejano ayer que esas palabras contenían un profundo secreto y argumentaban en pro de una defensa venidera.

Juan nunca pudo recordar más que insultos, maldiciones y golpes por parte de doña Isabel. No le importaba, a fin de cuentas, suponía la actitud de ella como cosa natural. Los maltratos eran el pan de cada día, sin que él les atribuyese causa específica. A los nueve años conoció a su padrino, quien fue designado nuevamente párroco del pueblo. Un año después se enteró de los motivos de su madre. La misma tarde en que la descolgaron, horas antes, el ministro la había ido a buscar con la misma intención de su primera visita una década atrás, de la cual Juan fue el producto resultante. Desesperada, sin ganas de volver a vivir algo así, y peor aún, de engendrar un nuevo escuincle que se lo recordara para siempre, decidió acabar con su angustia. La carta le explicaba al niño quién era su padre, el repudio que ella sintió por ambos y la resolución del suicidio.

Juan se inmiscuyó en los asuntos de la Iglesia con el propósito puntual de vengar a su madre, pero entendería, gracias a la enseñanza cristiana, que todo iba más allá de un ojo por ojo. Él era la enfermedad, la mancha, el pecado. Comprendía que, como el fuego del purgatorio, el agua bautismal o la del diluvio universal, era la sangre el elemento irremplazable para limpiar los pecados de su familia. «—Redimirla, al igual que lo hace la Preciosa Sangre de Cristo—», tembló de pánico al decir estas palabras; no obstante, sacaba fuerzas, pues adivinó, en la pintura de ánimas puesta en la barda lateral de la entrada, la cual no podía ver por la oscuridad, pero conocía de memoria, abrazado por las tinieblas y las llamas, el rostro de una mujer: su madre.

Después de esto no le importó tener que sacrificar su alma. La figura ensotanada, el bulto inerte bajo la cúpula, mojado, cubierto por los manteles del altar, a los pies

del retablo con sus imágenes de santos, beatas figuras transfiguradas en demonios al acecho, aguardando en las tinieblas la muerte de Juan; ese cuerpo frío y su madre serían purificados al derramar la sangre de aquel Verbo violador, encarnado en su existencia al principio de los tiempos.

«El hacha está junto al árbol, y todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego, eso dice Lucas. Pero es deber del fruto rescatar al árbol del fuego, digo yo», reflexionó Juan. La mancha quedaba sobre él, él era la mancha, una mancha similar a los charcos escurriéndose por los escalones a ambos lados de la nave. Una fruta corrupta como el líquido sucio por el polvo y la tierra, como la sangre envilecida por la violación, el suicidio y el asesinato, con la oportunidad de limpiar el alma, por lo menos la de sus padres, mediante su propia naturaleza.

«—No matarás—», pronunció cabizbajo y entre dientes, al ver que había pagado la deuda del párroco por la muerte de Isabel, que saldaría la de ella al cumplir su deber de hijo recuerdo del violador, compensando con ello el suicidio de su madre y sacándola por fin del suplicio purgativo. «—Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa—», oró.

La tormenta amainaba de a poco hasta terminar siendo un cielo pálido de montañas grises, separadas por espacios de azul opaco. Habría de romperse algunos minutos después el firmamento, con su matiz tornasolado, por la fuerza del rey sol al levantarse triunfante en los tronos de nubes, dejando ver un aura a manera de hilo de luz dorada traspasando los cristales de la ventana del coro. Afuera, el astro evaporaba lentamente los charcos con sus restos de corrupción, llevándose todo; adentro, en forma de rayo, chocando diagonalmente contra las baldosas del púlpito, iluminaba de soslayo la pila bautismal. El cuerpo de Juan estaba recargado sobre el borde, llenándola a borbotones con la sangre de su cuello.

JULIO FLORENCIO. Licenciado en Historia por la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEMEX), México. Estudiante de la Licenciatura en Lengua y Literatura Hispánicas de la UAEMEX. Forma parte del taller de escritura creativa Oliverio Girondo, impartido en el Centro Toluqueño de Escritores por el poeta Dionicio Munguía J.

Recibido: 15 de junio de 2024

Aprobado: 15 de diciembre de 2024



Sin título (2018). Tinta sobre papel: Asdrúbal Max.
Prohibida su reproducción en obras derivadas.